

La calle para el miércoles 23 de enero de 2008  
Diario de un espectador  
La señora del 21  
por miguel ángel granados chapa

A propósito de Rafael Ruiz Harrell, el notable escritor y abogado a quien nos referimos aquí en los primeros días del año, el maestro Raúl Herrera, uno de los pianistas mejor dotados de nuestro país nos comunica “recuerdos entrañables” sobre “una valiosa persona”, quien “probablemente más influyó en que Rafael pudiera construirse como lo hizo. Me refiero a su madre, la señora Adelia (así, con d) Harrell de Ruiz, a quien siempre nos referimos como ‘la señora del 21’ en el edificio de Gabino Barreda 3, colonia san Rafael, donde mis padres vivieron toda su vida de casados hasta la muerte de mi madre.

“Doña Adelia era una mujer esbelta, guapa, ágil y de carácter juvenil. La recuerdo subiendo y bajando las escaleras con rapidez y donaire, llevando siempre en la boca una sonrisa y una palabra afable. La relación entre ella y mis padres era la de una muy antigua y entrañable vecindad —fueron vecinos alrededor de 35 años— de esas que no llegan a devenir en amistad cercana, pero sí en solidaridad ante las aflicciones del vecino y los problemas del edificio. Mis padres y doña Adelia, por ejemplo, siempre encabezaron los esfuerzos para hacerse cargo del mantenimiento del inmueble, considerando que al haber muchos departamentos de renta congelada, no era correcto esperar que la dueña se responsabilizara de cuestiones como pintura, reparaciones del sistema hidráulico, impermeabilización, etc. La mayoría de los vecinos estaban en condiciones económicas más precarias que nosotros, por lo que la carga recaía casi por completo sobre mis padres, doña Adelia y dos o tres vecinos más —entre los cuales, por cierto, se encontraban el director de teatro Xavier Rojas y su madre.

‘La señora del 21’ era una mujer inteligente y culta. Yo no debo haber estado en su departamento más de dos veces en que mi mamá me mandó a llevar algún recado, pero guardo dos imágenes vívidas: su piano vertical negro, ubicado justamente debajo de donde mis padres colocaron el mío cuando empecé a tomar clases, y libros, muchos libros. Doña Adelia vivía de hacer traducciones y además evidentemente era una gran lectora. Entre mis recuerdos más tempranos están las notas de su piano transmitidas por ventanas y paredes; toca siempre dos piezas que después conocí como la sonata op. 49 No. 1 de Beethoven, y la tercera suite francesa de Bach. Ya cuando estudiaba yo piano, me dijo que a ella no le interesaba particularmente el romanticismo, que se identificaba con los clásicos, los barrocos y los impresionistas. Por cierto, yo le guardo el agradecimiento de haber soportado sin quejarse mis interminables horas de estudio, justo sobre su cabeza, y todavía tener ánimo para pronunciarse a favor de una u otra de las obras que yo aprendía.

“En los años cincuenta y principios de los sesentas era yo muy chico, pero no tanto como para no darme cuenta de lo especial que era aquella señora independiente que mantenía su hogar y a su hijo, vivía entre libros y música y manejaba un automóvil propio. En ese ambiente fue formado por su madre ‘el Chato’ como doña Adelia, y por ende todos los demás llamábamos a Rafael. Ella no tuvo más hijo que él. Y en el departamento 21 vivieron los dos hasta que El chato se independizó.

“Un día ella empezó a desarrollar problemas de salud --luego supimos que sufría de un mal hepático—y finalmente Rafael se la llevó a vivir con él. ¡Cuánto la extrañamos entonces! No la volvimos a ver aunque mi madre y ella todavía tuvieron una o dos conversaciones telefónicas. Un día nos llamó Rafael para avisarnos que doña Adelia había muerto”.

El maestro Herrera no pudo “evitar pensar en cuántas personas que quedan en el anonimato —padres, maestros—son los factores determinantes del éxito de quienes llegan a gozar de reconocimiento público”

No te preocupes más por el espacio de tu cuenta con Correo Yahoo!:  
<http://correo.yahoo.com.mx/>